

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres me-
ses 7'50 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

VIERNES 7 DE SEPTIEMBRE DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS
En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id id.
En primera. 00'20 id id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

Todos callan

Muchos años hace que la política anda del revés, pero particularmente ahora que Silvela lleva la batuta en el gran desconcierto que nos vemos obligados á escuchar.

Eran antes las oposiciones, lo mismo en la prensa que en el Parlamento, las que en llegando á los días próximos de reapertura de Cortes, bullían y conferenciaban secretamente ó hablaban al país aunque fuera para engañarlo, ora en tonos tristes ó alegres, ya en notas belicosas ó melancólicas; pero hablaban.

Ahora parece que los caudillos de la oposición convenida ó preparada se han quedado sin lengua.

Sagasta se calla y acaricia la barba como la raposa se acaricia los lomos con el rabo mientras acecha la ocasión de meterse en el gallinero. Tatuán, parece que tiene puesta siempre su terrible mano sobre los labios para que no se le escape una frase; Gamazo, allí en sus islas, solamente se contenta con reunir sus masnadas para obsequiar á las instituciones: Moret anda de ceca en meca sin decir esta boca es mía, como alma cogida por el diablo, y Romero, el campechano político, también permanece callado, lo cual es un colmo por no decir un milagro.

Todos callan, nadie se atreve á pronunciar palabras, sobre todo cuando hay necesidad de enunciar propósitos serios, programas claros y principios acomodados á las necesidades del país.

En cambio Silvela aparece mas loquaz que nunca y Dato mas despedido que de costumbre. En ellos está concentrada la atención de los tontos, que son infinitos en número; á ellos acuden en demanda de auxilio, y ellos solos hablan y cortan y trinchan y rajan lo mismo en el festín del presupuesto, que en la tertulia íntima ó en el aristocrático restaurant, porque ahora es costumbre que los ministros echen con frecuencia una caña al aire.

Oír á Dato, sobre todo es un encanto. Para él no hay día malo ni hora infortunada, ni presentimiento triste. Todo marcha para el gobierno admirablemente.

Los cielos mandan rayos de luz sobre la cabeza de Silvela rodeándola con nimbos de gloria; el país se disputa la ocasión de besar los faldones de su levita; la Hacienda está salvada, y los contribuyentes se consideran los seres más felices y agradecidos del mundo. ¡Que datos los de ese Dato!

Con un país que soporta á esos políticos se puede ir á todas partes menos á la gloria.

Con una nación que da sus hijos para que se los maten sin exigir el precio de su sangre y entrega su hacienda para que se la derrochen sin pedir cuenta de su inversión, se vá indudablemente de cabeza al abismo lleno de lodo y podredumbre para no salir de él jamás si Dios no le saca con su mano bondadosa y soberana.

DE MADRID Á MURCIA

La crisis se impone

Ya no hay que buscar las razones de congruencia para deducir que Silvela no puede continuar por que España es el país de las anomalías y sucede ya ha tiempo lo contrario de lo que debe ser.

Pero oigamos á los mismos conservadores que ellos nos dirán lo que entra la familia pasa.

Un conservador conspicuo, de los que están en los secretos de la casa, decía esta mañana:

Los últimos sucesos, el desastroso viaje costero, han de producir, ó mucho me engaño, una crisis total del gobierno, cuya solución será laboriosísima y prolongada. Probable es que para resolverla se aplaee la reunion de las Cortes más

allá de Noviembre; tal vez hasta Diciembre, suponiendo que no sean disueltas.

—¿Y los presupuestos? se le preguntó: —Regirán los actuales en el próximo año económico.

—¿A pesar de la Union Nacional? —A pesar de todo. Ese viaje funesto, sino acabara con el partido conservador acabará con el gobierno de Silvela.

—Ha sido una lamentable equivocación del gobierno. Dícese que el viaje estaba impuesto por la necesidad del cultivo de la salud física y moral del soberano; que los médicos estimaban útil la *Thalassoterapia* (medicinas del mar) aplicada al cuerpo y que los profesores consideraban necesaria la instrucción marítima del rey.

—Se equivocan los médicos. La *Thalassoterapia*, de aire, muy en moda en Inglaterra, solo es curativa cuando se hace un viaje de dos ó tres meses por mar. Los ingleses van desde su país á Australia en barco de vela y en viajes de ida y vuelta, lo que bien pudiera ejercer saludable influencia sobre el organismo. Pero una corta travesía cerca de las costas, en la misma latitud, con las molestias consiguientes á frecuentes desembarcos, recepciones, fiestas, agudadas por contrariedades y amarguras, lejos de servir para el alivio de un enfermo, lo agravan necesariamente, neutralizándose ó anulándose el provechoso efecto del aire de mar, que exige una vida exenta de preocupaciones y alejada de toda molestia y artificio.

—Así, pues, no teniendo el viaje del rey por objetivo útil ni el cuidado del cuerpo, ni el cultivo del espíritu, no debe atribuirse sino á razones políticas.

—¿Y cuáles eran éstas? Se le interrogó?

—Pues en primer término demostrar el gobierno á la corona, su prestigio (el del gobierno), su popularidad, su arraigo en el país y el entusiasmo de los pueblos por los actos y bienandanzas de su política.

«Señora—dolió decir Silvela á la regente—voy á demostrar á V. M. que lo que escribe la prensa independiente, lo que vocifera Romero Robledo, lo que piensa y dice la Union Nacional, son voces que hacen correr cuatro intrigantes mal humorados. Vamos á visitar la costa norte del Océano; allí verá V. M. el entusiasmo de los pueblos por la política del gobierno, tan censurada en Madrid y tan combatida por gentes más atentas á su provecho que al servicio del país ó de la monarquía.»

Y ya ha podido ver la regente cómo se ha cumplido el pronóstico de Silvela.

Por todas partes la impopularidad del gobierno y los gérmenes de malestar y de disgusto sembrados por él; unos que afectan al trabajo nacional, otros que lastiman á la misma integridad de la patria; en unos puntos las masas famélicas á quien ha quitado el pan un decreto ministerial; en otras, el separatismo que amenaza á la unidad nacional; aquí, alcaldes que se niegan á elevar arcos de triunfo, allá, muchedumbres que en vez de gritos jubilosos lanzan rugidos de ira; en el mar, los marinos que expulsan á los periodistas de sus navas; en tierra, un auditorio burgués de invitados que rompe eu un franco pateo contra el jefe del gobierno.

—Y, positivamente, la señora regente se preguntará «Si esto ocurre en las poblaciones señaladas para mi visita por el gobierno como las más prósperas, afortunadas y ministeriales, aquí pensarán del gobierno, cómo lo recibirían las demás ciudades de España?»

—Y como fruto de estas reflexiones, cuando la corte vuelva á Madrid y se haga friamente el balance de esa excursión veraniega, es casi seguro que se impondrá al ánimo previsor y sereno de quien puede y debe, la necesidad de una crisis total de gobierno, y tal vez, por culpa de Silvela, de partido.

5 Septiembre 1900.

DE AYER Á HOY

Yo lo ví. Entre los escombros de la demolida barricada yacía el cadáver, caliente todavía. Era un mancebo, casi un niño. Negra orla de rizados cabellos circundaba su frente, y un ligero bozo sombreaba apenas su labio como primer florecimiento de naciente virilidad. Allí yacía inerte, ensangrentado, cubierto de heridas, cosido á bayonetazos. Más que el dolor supremo de la muerte, expresaban sus facciones la animación de la lucha, realizada por ese sello indefinible de grandeza heroica que acompaña siempre á las voluntarias inmoliciones.

¿Qué entendía aquel mozo de derechos? ¿Qué sabía él de libertad? Nada. Nunca había frecuentado las aulas para desgastar, rozándolo con el Digesto, el nativo sentido de lo justo. Nunca había seguido á través de la historia de las constituciones políticas, el proceso de los conciertos que han pactado, para ir viviendo, la libertad y la tiranía. No detreó á Stuart Mill, ni hojeó á Julio Simón, ni aprendió en Tocqueville los varios motivos que puede haber para amar la democracia, ni en Benjamin Constant las razones que aconsejan el corromperia.

Era un liberal nato, un demócrata impulsivo. Amó la libertad como se ama á la madre, sirviéndola como se corteja á la mujer querida, sin razón, sin fundamento, sin *por qué*, aconsejado por la infinita sabiduría de lo inconsciente, conducido por la ceguera infalible del instinto. El derecho no fué para él un principio, sino una fe. Como siente la pubertad brotar de las profundidades del alma el misterioso mandato de la especie, así su espíritu sintióse avasallado por el imperativo de los tiempos, y obligado á secundar sin disentir los designios inexcrutables de la historia.

Renieguele cuantos entiendan que no es prudente respirar ni digerir hasta estudiar Fisiología, ni cabe pensar antes de haber sido iniciado en los secretos de la dialéctica, ni romper á hablar sin saberse de coro la Gramática de la Academia, ni tener novia sin haber saboreado previamente la retórica de Michelet, criticado las paradojas de Schopenhauer y meditado las disertaciones de Mantegazza. No le estimaba así aquel paladín de barricada. Sin sutillar sobre la soberanía nacional, sin ergotizar acerca de los derechos del hombre, murió por ellos sencillamente. Como todo mártir, sacrificóse á lo oscuro. Se ha llamado á los mártires, testigos, y en verdad que si no de la justicia de su causa, son lo irreocutables de la firmeza de su fe.

El orden limpiaba las calles; la reacción triunfante barría los detritus del motín. No tardó en llegar el carro gubernamental, encargado de arrastrar á la gran fosa común la carnaza revolucionaria. En él fué izado el cuerpo del iluso. Siguió aquel carro su camino, y, en tanto se alejaba, una mano lívida, destacándose de entre el montón de muertos, respondía á cada sacudida del fúnebre vehículo con un movimiento brusco y en apariencia convulsivo. No era fácil adivinar si aquella mano despedía ó amenazaba.

Transcurrió apenas medio siglo. El rico salón, iluminado espléndidamente, dispuesto para el placer y adornado para la fiesta, trocóse de improviso en escenario de uno de esos dramas espantosos, tal como solo sabe componarlos y ejecutarlos la realidad. Una mano vengativa acababa de lanzar, desde lo alto, el rayo de la dinamita. Allí yacían, en montón informe, los despojos de la explosión, hacinamiento confuso de astillas, fragmentos, galas destrozadas y miembros humanos arrancados y palpitantes. Y en medio de ellos, reposando en el lecho de sangre, dormía una pobre niña, entrada apenas en la adolescencia, verdadero espulpo de mujer, cubierto el cuerpo con el blanco vestido, como símbolo de su virginidad, y abiertos sus hermosos ojos más bien á la sorpresa que no al espanto de la muerte.

¿Por qué había muerto? ¿Quién lo sabe! Fué aquella noche al teatro para celebrar el natalicio de su nubilidad, esa solemne y pudorosa prolongación del vestido que simboliza para la mujer su iniciación en los hondos misterios de la vida. Allí le sorprendió la muerte. Nada más justificado que el asombro que expresaba su rostro hechicero. ¿Por qué la habían matado, á ella que jamás hizo ni deseó á nadie mal alguno? Sus ojos, ya eternamente velados, habían tenido lágrimas para la desgracia; su pequeña mano, crispada, había socorrido generosamente la indigencia; su pobre corazón, inerte, había acompañado con sus latidos las congojas del infortunio. ¿Quién la odiaba de muerte, á ella que sólo sabía amar? ¿Por qué la electricidad destructora de las negras tormentas sociales iba á descargar sus furores sobre la cabeza virginal de aquella criatura inocente, para la cual era desconocido hasta el nombre de las grandes iniquidades, de los crímenes inexpiables que pesan como una maldición sobre el espíritu de las sociedades y la conciencia de las razas?

Llovía á torrentes. Una horrorizada muchedumbre presenciaba á la puerta el transporte de los cadáveres. A la vista del de la pobre niña, la multitud entera prorrumpió en un grito unánime de conmiseración, mientras que allá, á lo lejos, tras la densa cortina de la lluvia, la mirada del odio fulguraba en la sombra los resplandores siniestros de un satánico regocijo.

¿Quién nos dará la clave de este enigma? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué matan ahora por odio lo que antes morían por amor? ¿Ha bastado medio siglo para restaurar, en plena civilización, aquellos tiempos oscuros en que la bestia humana combatía, revuelta con las bestias, en la noche de la caverna? ¿Es que la pugna del derecho engendraría mártires mientras la del interés y el apetito no puede producir más que sicarios? ¿O será acaso el sacrificio de hoy la reencarnación del sacrificio de ayer? ¿Será la mano que hoy lanza la bomba aquella misma mano lívida que se alejaba amenazante hace medio siglo? ¿Será la sangre estérilmente vertida entonces la que impone la expiación? ¿Seréis vosotros, ¡oh bufones sangüarios!; vosotros, ¡oh alerquines trágicos!, verdugos del orden, sofistas de la libertad, ergotistas del derecho, retóricos de la democracia, elevados á la altura sobre la ensangrentada cresta de la ola revolucionaria, repletos de carne humana en el festín canibático de la vieja política, quienes, cerrando la puerta de las grandes esperanzas para dejar abierto el portillo de las supremas desesperaciones, habréis transformado el heroísmo en asesinato y al mártir en verdugo? ¿Será á vuestras flaquezas de ayer á las que deba la sociedad sus terrores de hoy y sus desastres de mañana?

Alfredo Calderón



El rector de Vallfogona

Por su gran talento y sus no escasas virtudes, vióse elevado el ingenioso poeta y sabio doctor de teología D. Francisco Vicente García, vulgarmente conocido por «el rector de Vallfogona», desde humildísima cuna, más rodeada de miserias y de infelicidades que de dichas, á puestos en que las consideraciones y honores abrumaban á los espíritus humildes y poco asequibles á las vanidades del mundo, provocando su elevación sonadas envidias, que no contentas con perseguirle y ultrajarle atentaron contra su vida y hasta precipitaron su muerte, ocurrida el 6 de Septiembre de 1623.

El rector de Vallfogona era tortorino y vió la luz primera hacia el año de 1580; pasando muchos apuros y privaciones, á consecuencia de su falta de recursos, estudió Filosofía, Teología y Ciencias

humanas en la ciudad de Lérida, y vendiendo cuantas adversidades se oponían á la terminación de su existencia, pudo doctorarse y trasladar su residencia á Barcelona, donde gracias á la protección de elevados personajes, que conocedores del talento y saber de D. Francisco Vicente se tuvieron por muy honrados declarándose protectores suyos, mejoró su situación, pasando poco después á Gerona por haber sido nombrado secretario del obispo gerundense, uno de sus bienhechores.

En Gerona, inducido por su afición á la poesía, que cultivaba con singular acierto, fundó una Academia literaria, de la que fué nombrado presidente, y más tarde se hizo sacerdote, dándole esto ocasión para poner de relieve sus meritisimas dotes de orador sagrado. El renombre que entonces alcanzó por su elocuencia abrióle camino para ocupar brillante posición y verse honrado con señaladas mercedes, pero apeteciendo más la vida obscura y tranquila que la fastuosa, procuróse un modesto retiro ganando por oposición la rectoría de Vallfogona; más su destino no le permitió disfrutar de su retiro largo tiempo, pues en un viaje que hizo á Cataluña Felipe IV, este monarca hizo se lo presentasen, y después le pidió que le acompañara á Madrid. Obediendo á los deseos de su rey fijó su residencia en la Corte donde le fueron concedidas diversas mercedes que sirvieran para que las envidias se cebaran en la reputación de tan ilustre como modesto sacerdote, quien pretendió poner término á la lucha entablada por sus enemigos alejándose de la corte, para lo cual le concedió su permiso el monarca.

Sin más compañía que la de un criado púsose el rector de Vallfogona en camino y al llegar á Zaragoza fueron ambos envenenados; el rector pudo salvar la vida, pero tan quebrantada quedó su salud, que al poco tiempo de llegar á su rectoría falleció.

Hernando de Saavedra

Nuestra palomita

—Palomita azul: ¿por qué no viniste ayer si con ansia te esperábamos?

—Estuve sin descansar un momento; de la plaza de Fontes á la de Sto. Domingo y viceversa.

—Pues por acá ya creímos que te encontrabas herida. ¡Hay tantos cazadores ¡Tantos gavilanes!.

—¡Qué! Los gavilanes de por estos andurriales son pajarracos muy tontos, aunque no por eso dejan de ser unos pajarracos. Y en cuanto á los cazadores, están como Silvela, que ni por una casualidad da en el blanco.

—Bien haya que sea así. Temíamos por tu vida, palomita azul.

—Pues no tal: Sana y salva estoy aquí y os voy á contar lo que he visto y oído desde la última visita que os hice.

En uno de mis revoloteos me encontré cerca de la administración de Correos y en amigable coloquio, un hombre panzudo y uno con pelo de Judas que hablaban con otro de grotesca figura sobre persecuciones al HERALDO.

Al oír la palabra HERALDO, suspendí mi viaje y me detuve cerca de ellos á oír de que se trataba. El de grotesca figura, defendiéndose de las acusaciones que los otros dos le formulaban por no cumplir bien el encargo que se le había dado, contestaba:

—¡Si todos los números del HERALDO son quemados ó extraviados! Los de Archena, se rompen las fajas y no se entregan á los suscriptores; los de Blanca, se mandan á Centí; á Lorquí no llega ni uno solo; á Mula, la mayor parte de los días se leen por los que no son suscriptores. Y así fué señalando otros pueblos cuyos nombres no recuerdo.

—¿Que más puedo yo hacer?—dijo.

—Pues, ¡quemarlos todos en la estación de Archena, de la misma manera que se hizo en época no lejana!

—Hay que concluir con el HERALDO.

